

LECCION No. 19.- CRISTO NUESTRA PROMESA

La Resurrección de Cristo es garantía de nuestra resurrección

ANTECEDENTES: Las funciones profética, real y sacerdotal de Jesucristo se unifican en el Misterio de la Redención, el cual a su vez se realiza en tres fases: en el sufrimiento de la Pasión, en la anagnación de la Muerte, y en la exaltación de nuestro Redentor. De este mismo modo sus seguidores los cristianos, han de pasar por las penalidades de la vida terrena, por la destrucción corporal de la muerte, para desembocar en la inmortal resurrección. Y en el orden espiritual acontece otro tanto: es preciso seguir a Jesús que, yendo por delante como ejemplo, nos dice: "En verdad, en verdad os digo: si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda él solo; pero si muere, da mucho fruto. El que ama su vida, la pierde; y el que odia su vida en este mundo, la guardará para una vida eterna." (Jn. 12, 24-25).

LA RESURRECCION EN EL ANTIGUO TESTAMENTO: Los israelitas siempre estuvieron convencidos de la supervivencia del hombre en alguna forma que no llegaron a precisar; una vida después de ésta relacionada con la misericordia de Dios, pero de goces materiales: "Por eso se me alegra el corazón, mis entrañas retozan, y hasta mi carne en seguro descansa; pues no has de abandonar mi alma al seol, ni dejarás a tu amigo ver la fosa. Me enseñarás el camino de la vida, hartura de goces, delante de tu rostro, a tu derecha, delicias para siempre." (Sal. 16,9-11).

RESURRECCION COMUNITARIA: Pero el sentido de resurrección evolucionó hasta adquirir un sentido de restauración comunitaria de Israel: "Sabréis que Yo soy Yahveh cuando abra vuestras tumbas y os haga salir de vuestras tumbas, pueblo mío. Infundiré mi espíritu en vosotros y viviréis; os estableceré en vuestro suelo, y sabréis que Yo, Yahveh, lo digo y lo hago, oráculo de Yahveh." (Ez. 37, 13-14).

RESURRECCION GLORIOSA: Hacia el fin del Antiguo Testamento aparecen claros signos de fe en una vida futura y de gloria: "Yo sé que mi Defensor está vivo, y que El, el último, se levantará sobre el polvo. Tras mi despertar me alzaré junto a El, y con mi propia carne veré a Dios. Yo, sí, yo mismo le veré, mis ojos le mirarán, no ningún otro." (Job, 19,25-27). "Muchos de los que duermen en el polvo de la tierra se despertarán, unos para la vida eterna, otros para el oprobio. Los doctos brillarán como el fulgor del firmamento, y los que enseñaron a la multitud la justicia, como las estrellas, por toda la eternidad." (Dan. 12,2-3).

FARISEOS Y SADUCEOS: En tiempo de Jesús los judíos relevantes se hallaban divididos en dos partidos: los fariseos (hebreo: perushim = separados), estrictos observantes de la Ley y muy conservadores; y los saduceos (derivado del sumo sacerdote Sadoc) entre los que se

contaban los sacerdotes y políticos; eran éstos progresistas, simpaticizadores de los extranjeros y sus costumbres e ideas, y en particular negaban la resurrección de la carne y toda tradición oral, ateniéndose tan sólo al Pentateuco (cinco primeros libros del Antiguo Testamento) y ajenos a los ritos y purificaciones de los fariseos. Fueron saduceos quienes propusieron a Jesús el problema de la siete veces viuda que comentamos en la lección 15, pasaje que termina precisamente con una enseñanza de Cristo acerca de la resurrección: "Y en cuanto a la resurrección de los muertos, ¿no habéis leído aquellas palabras de Dios cuando os dice: 'Yo soy el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob?' No es un Dios de muertos, sino de vivos." (Mt. 22,31,32).

LA RESURRECCION DE CRISTO EN LA ESCRITURA: Ya en el Antiguo Testamento se habló de la resurrección del Cristo considerandola como la no corrupción de su cuerpo: "Por eso se alegra mi corazón, mi alma exulta, y mi carne también descansará segura; pues no has de abandonar mi alma en el Seol, ni dejarás a tu elegido ver la corrupción. Me enseñarás el camino de la vida, la plenitud de goces delante de tu rostro, a tu diestra, delicias para siempre. (Sal. 15, 9-11). Lo que San Pablo declara con énfasis: "Y nosotros os anunciamos la Buena Nueva: la Promesa hecha a nuestros padres. Dios la cumplió en nosotros, sus hijos, resucitando a Jesús, según está escrito en el salmo segundo: 'Tú eres mi Hijo, Yo te he engendrado hoy.' Y que Dios lo ha resucitado de los muertos, de forma que no vuelva más a la corrupción, lo había afirmado: 'Yo os daré las cosas santas y verdaderas de David.' Por lo cual dice también en otra parte: 'No permitirás que tu Santo vea la corrupción.' Pues David, cumplida durante su vida la voluntad de Dios, murió y fue sepultado con sus padres, y vio la corrupción. Pero el que Dios ha resucitado, no vio la corrupción." (Hech. 13,32-37).

JESUS PREDICE SU RESURRECCION: En el ambiente descrito, de ideas encontradas acerca de la resurrección de los muertos, Jesús anuncia su Pasión, Muerte y Resurrección, como vimos en la lección anterior. Dicho anuncio lo repitió hasta en tres ocasiones, cada vez con mayor precisión, para que sus discípulos, sobre todo los Doce, lo tuvieran presente a su muerte y de este modo los hechos trágicos que padeció y su fallecimiento produjeran en ellos el menor impacto: "Todos os vais a escandalizar, ya que está escrito: 'Heriré al pastor y se dispersarán las ovejas.' (Za. 13,7). Pero después de mi resurrección, iré delante de vosotros a Galilea." (Mc. 14,27-28).

LAS SANTAS MUJERES SE ENTERAN PRIMERO: Los Once y demás discípulos del Señor se hallaban acobardados tras de su muerte y encerrados en el cenáculo no se atrevían a exponerse a un ataque por parte de los judíos. Fueron las mujeres quienes se llegaron hasta el sepulcro para terminar los ritos fúnebres que habían quedado interrumpidos al comenzar el día sábado tras de la muerte del Señor: "El primer día de la semana, muy de mañana, fueron al sepulcro llevando los aromas que habían preparado. Pero encontraron que la pie-

dra había sido retirada del sepulcro, y entraron, pero no hallaron el cuerpo del Señor Jesús. No sabían qué pensar de esto, cuando se presentaron ante ellas dos hombres con vestidos resplandecientes. Como ellas temiesen e inclinasen el rostro a tierra, les dijeron: '¿Por qué buscáis entre los muertos al que está vivo? No está aquí, ha resucitado. Recordad cómo os habló cuando estaba todavía en Galilea, diciendo: Es necesario que el Hijo del hombre sea entregado en manos de los pecadores y sea crucificado, y al tercer día resucite.' Y ellas recordaron sus palabras." (Lc. 24,1-8).

TESTIGOS DE LA RESURRECCION: Pero no fueron los seguidores de Jesús los testigos presenciales de su resurrección gloriosa: esto quedó reservado para los soldados que vigilaban el sepulcro. Los sacerdotes contribuyeron a que así fuera de la siguiente manera: "Al otro día, el siguiente a la Preparación, los sumos sacerdotes y los fariseos se reunieron ante Pilato y le dijeron: 'Señor, recordamos que ese impostor dijo cuando aún vivía: A los tres días resucitaré. Manda, pues, que quede asegurado el sepulcro hasta el tercer día, no sea que vengan sus discípulos, lo roben y digan luego al pueblo: Resucitó de entre los muertos, y la última impostura sea peor que la primera.' Pilato les dijo: 'Tenéis una guardia. Id, aseguradlo como sabéis. Ellos fueron y aseguraron el sepulcro sellando la piedra y poniendo la guardia... De pronto se produjo un gran terremoto, pues el Ángel del Señor bajó del cielo y, acercándose, hizo rodar la piedra y se sentó encima de ella. Su aspecto era como el del relámpago y su vestido blanco como la nieve. Los guardias, atemorizados ante él, se pusieron a temblar y se quedaron como muertos... Mientras ellas iban, algunos guardias fueron a la ciudad a contar a los sumos sacerdotes todo lo que había pasado. Estos, reunidos con los ancianos, celebraron consejo y dieron una buena suma de dinero a los soldados, advirtiéndoles: 'Decid: Sus discípulos vinieron de noche y le robaron mientras nosotros dormíamos. Y si la cosa llega a oídos del procurador, nosotros le convenceremos y os evitaremos complicaciones. Ellos tomaron el dinero y procedieron según las instrucciones recibidas. Y se corrió esa versión entre los judíos, hasta el día de hoy.'" (Mt. 27,62-66; 28,2-4 y 11-15).

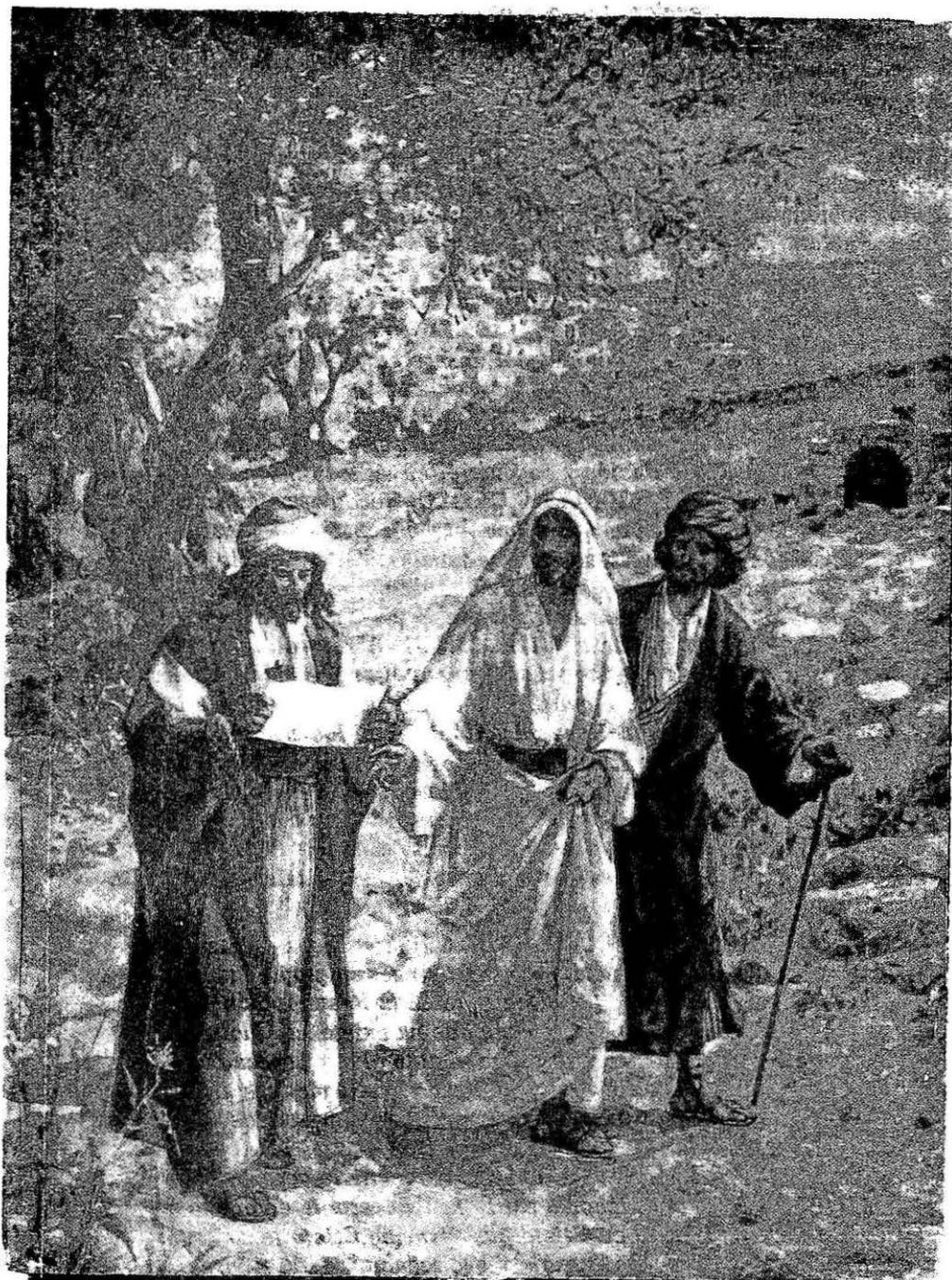
LAS MUJERES DAN LA NOTICIA: Las buenas noticias vuelan, sobre todo la inesperada de un encuentro con Jesús; más aún si las que la comunican son mujeres entregadas santamente a la causa de su Señor: "El Ángel se dirigió a las mujeres y les dijo: 'Vosotras no temáis, pues sé que buscáis a Jesús, el Crucificado; no está aquí, ha resucitado, como lo había dicho. Venid, ved el lugar donde estaba. Y ahora id enseguida a decir a sus discípulos: Ha resucitado de entre los muertos e irá delante de vosotros a Galilea; allí le veréis. Ya os lo he dicho.' Ellas partieron a toda prisa del sepulcro, con miedo y gran gozo, y corrieron a dar la noticia a sus discípulos. En esto Jesús les salió al encuentro y les dijo: '¡Dios os guarde!' Y ellas, acercándose, se asieron de sus pies y le adoraron. Entonces les dice Jesús: 'No temáis. Id, avisad a mis hermanos que vayan a Galilea; allí me verán.'" (Mt. 28,5-10).

LAS ESCRITURAS LO PREDIJERON: Cristo resucitado se apareció muchas veces a sus discípulos, en particular a los Once. Una de las más notables es aquella a los que regresaban decepcionados a Emaús, su pueblo cercano a Jerusalén, la tarde misma de la Resurrección sin tener ellos noticia alguna. El Señor se les hace contradictorio y sin que le reconozcan inicia una conversación dentro de la cual resaltan la estrategia de Cristo para dar una instrucción, la ignorancia y tibieza de fe de los de Emaús que les conducen a la decepción, la desesperanza y el escepticismo donde ya nada se cree. De tal estado los saca el Señor con estas palabras: "El les dijo: ¡Oh insensatos y tardos de corazón para creer todo lo que dijeron los profetas! ¿No era necesario que el Cristo padeciera eso y entrara así en su gloria? Y, empezando por Moisés y continuando por todos los profetas, les explicó lo que había sobre El en todas las Escrituras... Y, levantándose al momento, se volvieron a Jerusalén y encontraron reunidos a los Once y a los que estaban con ellos, que decían: ¡Es verdad! ¡El Señor ha resucitado y se ha aparecido a Simón!" (Lc. 2, 13-35).

LA ASPIRACION CONNATURAL DEL HOMBRE: Todo hombre lleva en su interior un deseo intenso de supervivencia, un rechazo de la triste realidad de la muerte y destrucción de su cuerpo, pues no se conforma con la idea de dejar de ser después de haber sido. Esto es a tal grado connatural, que el suicidio sólo se presenta en personas desquiciadas cuyo instinto de conservación ha quedado afectado por una situación perturbadora de sus facultades mentales. A ese afán de prolongar en alguna forma la existencia se deben tantos y magníficos mausoleos y monumentos, como las pirámides de Egipto: es el afán de no desaparecer del todo del mundo de los vivos, aunque sea manteniendo en la posteridad el recuerdo de su paso por la vida.

LA HUELLA DE LO QUE FUE: Es quizá esta obsesión la marca indeleble que quedó en el hombre de una inmortalidad a la que originalmente había sido destinado, un vestigio de su aspiración a la vida eterna en el más allá. Una respuesta a este misterio la encontramos en la advertencia de Dios a Adán: "...mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás, porque el día que comieres de él, morirás." (Gen. 2,17), acompañada de la promesa dada al momento mismo de aplicar el castigo: "Enemistad pondré entre ti y la mujer, entre tu linaje y su linaje: él te pisará la cabeza mientras acechas tú su calcañar." (Gen. 3,15). Constituye así la promesa esencialmente en la restauración de todo al estado anterior al pecado, y particularmente la existencia del hombre a su primera situación de inmortalidad de alma y cuerpo en que fue creado.

LA SOTERIOLOGIA: Es la parte de la Cristología o estudio de la Persona de Cristo, que se ocupa del estudio de la Salvación (griego: soteria = salvación; Sóter = Salvador, nombre dado a Jesucristo), dentro de cuyo Misterio vamos ahora a indagar. Para San Pablo existen dos actos de Cristo que producen dos efectos en nosotros, pero estos dos actos son inseparables entre sí, como sus dos efectos resultan complementarios en nosotros. Los dos actos son: su Pasión y



“El les dijo: ¡Oh insensatos y tardos de corazón para creer todo lo que dijeron los profetas! ¿No era necesario que el Cristo padeciera eso y entrara así en su gloria? Y, empezando por Moisés y continuando por todos los profetas, les explicó lo que había sobre El en todas las Escrituras.” (Lc. 24)
¡Con qué fineza acude Jesús a instruir y fortalecer la fe de los que El ama!

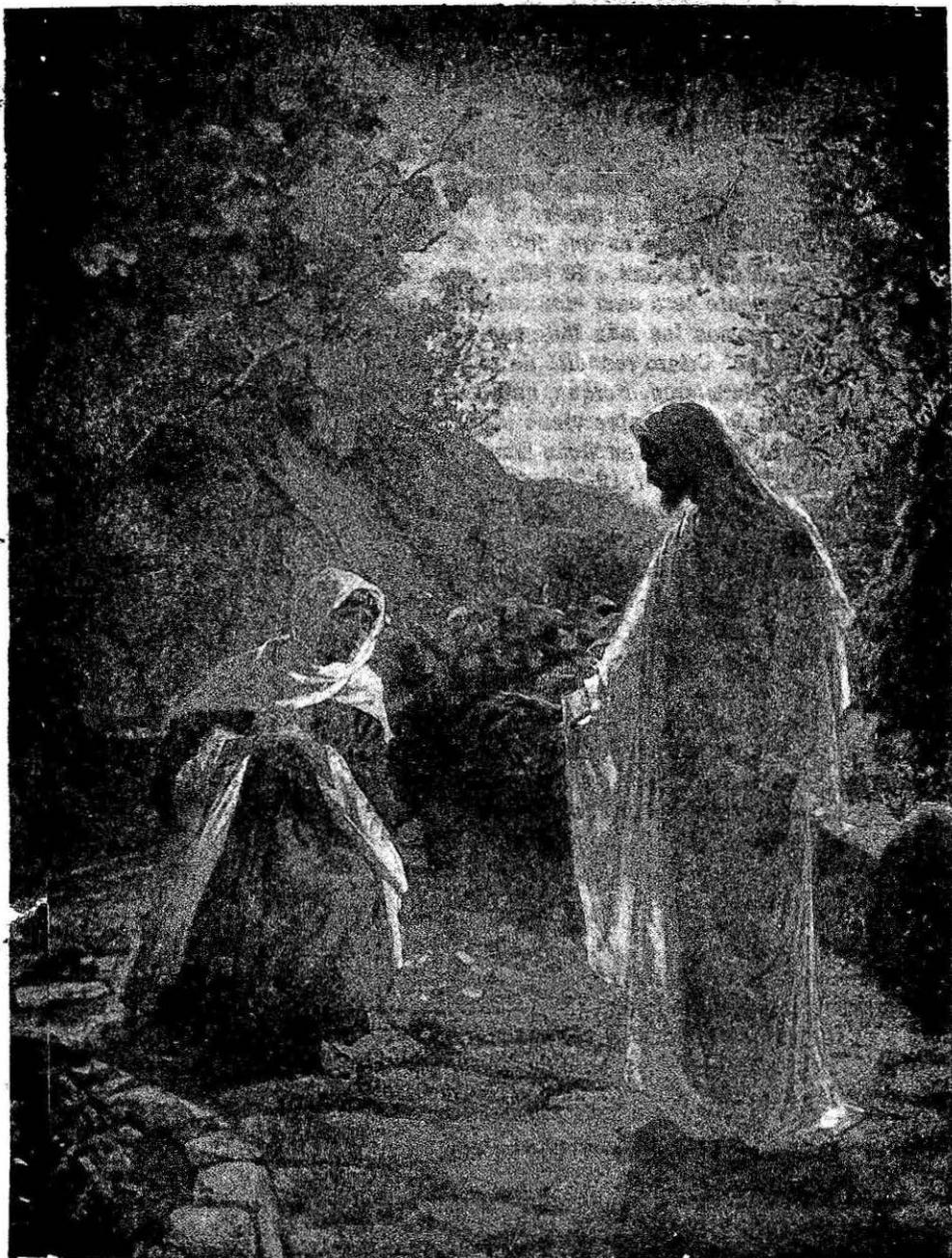
Muerte, y su Resurrección. Los dos efectos son: eliminación del pecado y justificación en nosotros. Y así enseña el Apóstol que Jesús, Señor nuestro: "...fue entregado por nuestros pecados y fue resucitado para nuestra justificación." (Rom. 4,25).

DOS ACTOS RECIPROCOS: Estas dos acciones de Cristo, sin embargo, no deben entenderse separadas, como si en un momento se hubiera ocupado de lavar nuestras manchas y en otro de elevarnos a la vida sobrenatural. No, son dos actos simultáneos, y así dice también San Pablo: "¡Con cuánta más razón, pues, justificados ahora por su sangre, seremos por El salvos de la cólera!" (Rom. 5,9) y también: "Y si Cristo no resucitó, vuestra fe es vana: estáis todavía en vuestros pecados." (1 Cor., 15,17). Así que tanto por la Pasión y Muerte, como por la Resurrección del Salvador, hemos sido limpios y santificados. Y así concluye San Juan Crisóstomo: "Para esto murió y para esto resucitó: para hacernos justos." La importancia de todo esto es concluir que la Resurrección del Señor fue tan necesaria para nuestra redención, como su Pasión y su Muerte, en un todo inseparable.

LA FE EN LA RESURRECCION DE CRISTO: Recordemos aquel momento en que Dios promete a Abraham una descendencia innumerable y fijémonos en las palabras con que termina: "Y sacándole afuera, le dijo: 'Mira el cielo, y cuenta las estrellas, si puedes contarlas.' Y le dijo: 'Así será tu descendencia.' Y creyó él en Yahveh, el cual se lo reputó por justicia." (Gen. 15,5-6). A lo cual añade San Pablo: "Y la Escritura no dice solamente por él que le fue reputado, sino también por nosotros, a quienes ha de ser imputada la fe, a nosotros que creemos en Aquél que resucitó de entre los muertos a Jesús Señor nuestro, quien fue entregado por nuestros pecados, y fue resucitado para nuestra justificación. Habiendo, pues, recibido de la fe nuestra justificación, estamos en paz con Dios, por nuestro Señor Jesucristo, por quien hemos obtenido también, mediante la fe, el acceso a esta gracia en la cual nos hallamos, y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios." (Rom. 4,23-25 y 5,1-2).

NUESTRA RESURRECCION CON LA DE CRISTO: Estas últimas palabras de San Pablo nos llevan a considerar nuestra propia resurrección como algo consecuente con nuestra fe en la Resurrección de Jesucristo, así como nuestra participación de su existencia gloriosa a la diestra del Padre. Es lo mismo que Cristo dijo a Tomás cuando quedó convencido de su Resurrección viendo y tocando sus llagas: "Dícele Jesús: 'Porque me has visto has creído, dichosos los que no han visto y han creído.'" (Jn. 20,29).

JUSTIFICACION POR LA FE: De todo esto resulta la correcta interpretación de nuestra justificación por la fe: "Nuestra fe en Cristo no es en Cristo muerto, sino en Cristo que vive, en Cristo resucitado: 'Porque si creemos que Jesús murió y que resucitó, de la misma manera Dios llevará consigo a quienes murieron en Jesús.'" (1 Tes. 4,14) y para que la fe nos sea imputada a justicia es necesario creer en la Resurrección como objeto de una fe justificante: "Porque si confieras con tu boca que Jesús es Señor y crees en tu corazón que Dios le resucitó de entre los muertos, serás salvo." (Rom. 10,9).



'Le dice Jesús: 'Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas?' Ella, pensando que era el encargado del huerto, le dice: 'Señor, si tú lo has llevado, dime dónde lo has puesto y yo lo llevaré.' Jesús le dice: 'María.' Ella se vuelve y le dice en hebreo: 'Rabbuní' (Maestro).'

(Jn.20,15-16. Los que buscan a Jesús con afán siempre le encuentran dispuesto a manifestarse a ellos; así a María, la que fielmente estuvo al pie de la cruz.

NUESTRA PROPIA RESURRECCION: La Resurrección de Cristo es la mejor garantía de nuestra propia resurrección ya que El, siendo hombre verdadero, realmente volvió, el primero, de la muerte a la vida para nunca más morir. Para que el poder de la muerte fuera definitivamente vencido, un hombre debería, no dejar de morir, sino pasar de la vida a la muerte y volver a la vida, con lo que la muerte ha perdido su dominio y el castigo de Adán ha sido condonado, pero debe entenderse esto, no en que ya el hombre deje de pasar por la prueba de la muerte, sino en que lejos de permanecer en la muerte para siempre, un día volverá a la vida, como Cristo, para nunca más morir: "Si solamente para esta vida tenemos puesta nuestra esperanza en Cristo, ¡somos los más indignos de compasión de todos los hombres! ¡Pero no! Cristo resucitó de entre los muertos como primicias de los que durmieron. Porque, habiendo venido por un hombre la muerte, también por un hombre viene la resurrección de los muertos. Pues del mismo modo que en Adán mueren todos, así también todos revivirán en Cristo." (1 Cor. 19-22).

LA PROMESA CUMPLIDA EN PLENITUD: La Promesa ha sido así plenamente cumplida: el hombre ha vencido la esclavitud de la muerte, consecuencia de la esclavitud del pecado. Y fue posible porque un Hombre sin pecado, Jesucristo, venció al pecado y a la muerte: "Y cuando este ser corruptible se revista de incorruptibilidad y este ser mortal se revista de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra que está escrita: 'La muerte ha sido devorada en la victoria. ¿Dónde está, ¡oh muerte!, tu victoria? ¿Dónde está, ¡oh muerte!, tu aguijón? (Os. 13,14). El aguijón de la muerte es el pecado; y la fuerza del pecado, la Ley. Pero ¡gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por nuestro Señor Jesucristo! Así pues, hermanos míos amados, manteneos firmes, incommovibles, progresando siempre en la obra del Señor, conscientes de que vuestro trabajo no es en vano en el Señor." (1 Cor. 15,54-58)

RESUMIENDO:

La idea de nuestra resurrección existe desde el Antiguo Testamento. Cristo enseñó la resurrección como verdad irrefutable.

Nuestra resurrección gloriosa sólo es posible unidos a Cristo.

Somos santificados por la sangre de Cristo que nos limpia del pecado y por la fe en su Resurrección que nos justifica mediante el Bautismo.

Nuestra resurrección está garantizada en la Resurrección de Jesús. La Promesa de Salvación fue plena en Jesucristo eternamente.

REFLEXIONES PERSONALES:

¿Sientes la seguridad del cristiano ante la muerte de alguien?

¿Vives como si hoy hubieras de morir, para resucitar hoy en Cristo?

¿Ves la presencia de la muerte con esperanza, o te dejas llevar por el ejemplo pagano de los que no tienen esperanza?

RESOLUCION: Señor mío Jesucristo, en quien espero una vida de inmortalidad, concédeme vivir unido a tí para resucitar contigo unido.